



Tarragona se acerca a la mitad de la población con dosis.
Un 47,4% de los tarraconenses mayores de 16 años han recibido un pinchazo. La provincia se acerca a la mitad de esa población diana que debe recibir con prioridad el antídoto.



El 53% de los esenciales ya tienen dos dosis.
En Tarragona, con el 76% de los profesionales esenciales con una dosis, se avanza estos días en la aplicación de la segunda. Ya la tiene el 53% de ese colectivo.



Vacunación masiva en el Palau d'Esports de la Anella Mediterrània. FOTO: ALBA MARINÉ

5.000 dosis Días de récord en el Palau d'Esports

El Palau d'Esports de la Anella Mediterrània de Campclar afronta días de vértigo, en los que está batiendo el récord de vacunas. Ayer mismo estaba prevista la inoculación de 5.000 dosis, 2.500 de ellas por la mañana y otras tantas en el turno de la tarde. Ese alto ritmo, el mayor desde que ha empezado la vacunación masiva en el recinto de Ponent, se ha ido manteniendo durante toda la semana. Fundamentalmente se

vacunan ahora los de 45 a 49 años. La afluencia en el Palau es elevada pero no está provocando masificaciones, ya que la administración discurre, en general, con fluidez. Así, son los nacidos entre 1972 y 1976 los que están siendo objeto del pinchazo en este momento de la campaña. Los datos del martes muestran el buen momento: en esa jornada se inyectaron 19.163 dosis, una cifra inédita hasta la fecha y que convierte en factible alcanzar la inmunidad de rebaño en verano. Casi el 17% de los de 45 a 49 años ya tienen una dosis.

ma in situ, en el momento de vacunarse», explica Alex Arenas, epidemiólogo y catedrático de Ingeniería Informática en la URV. Alcanzar la máxima cobertura y convencer de las bondades de pincharse es uno de los cometidos no solo para reducir ese rechazo explicitado en la estadística sino también la dejación a la hora de pedir cita. «Aquí ya tenemos implantada la variante Delta, la india, que en el Reino Unido se ha propagado muy rápidamente. Ha habido muchos casos que han afectado a gente no vacunada o con una dosis. Por eso hay que lanzar una alerta para seguir vacunándonos, y hacerlo con las dos dosis para que la protección sea total», explica Arenas, que cree que en cuestión de seis semanas esa mutación será mayoritaria en Catalunya y acabará desplazando a la británica: «La gente tiene que ser consciente de que el virus no ha desaparecido. Hay que vacunarse».

Más allá del rechazo por convicción, Salut pretende salvar las in-

cidencias que pueda provocar la exclusión de algunas capas, afectadas en parte por la brecha digital. «Siempre habrá puntos de población a los que no podréis llegar», indica Arenas. Por ejemplo, en Barcelona se han puesto en marcha medidas para compensar las diferencias de vacunación entre zonas marcadas por el nivel socioeconómico. «Estoy seguro que nosotros en Tarragona también lo padecemos y quizás hay barrios o zonas como Ponent, más vulnerables, donde la respuesta no es la misma. Por eso es importante que haya un punto de vacunación masiva en Campclar», expone Arenas. En ese sentido, en Tarragona capital el área básica de La Granja-Torreforta, que aglutina a buena parte de los vecinos de Ponent, tiene una cobertura del 34% en la primera dosis, nueve puntos menos que la zona del CAP Jaume I, y 10 menos que el Tàrraco o que el ámbito de influencia que depende de la atención primaria de Murallès.

Anécdotas. Gente que se levanta y se va en el último momento y otros que piden la vacuna cara

«¿Cuál me pones? ¿La Pfeiffer?»

R. COSANO
TARRAGONA

Un señor que se levanta y se va cuando le dicen que la vacuna que le toca es AstraZeneca, y ya no hay manera de convencerle; otro que quiere elegir, como en la carta de un restaurante; otros que andan tiquismiquis con que si mejor pinchar en la derecha que en la izquierda; y aquella mujer que, emocionada, casi se pone a llorar tras la inoculación. Dijo: «Por fin puedo abrazar a mis nietos». Y la enfermera tuvo que reñirla: «Sí, sí, pero recuerde que sin quitarse la mascarilla». Los más de cinco meses de vacunación dejan un reguero de anécdotas que son pura condición humana. «Viene gente, en general, con mucha alegría. Y todos quieren hacerse la foto, porque es un momento histórico», dice Sandra Paixa, enfermera especialista en pediatría y referente del punto de vacunación intermedio en Mas Iglesias, en Reus.

No por mucha dosis repartida a estas alturas el impacto anímico es menor. Todavía recuerda Sandra el día en que abrió su punto de vacunación, con todo bien dispuesto y preparado, y le sobrecogió el recuerdo de todos aquellos conocidos que no habían llegado a tiempo. Dice Sandra que los rostros delatan. «Hay gente que tiene fobia a las agujas y ya les ves venir, ya los reconoces por la cara que traen. Te dicen: 'Sobre todo que no vea la aguja, por favor'».

Paracetamol y nervios

La mayoría llegan con el paracetamol tomado y nervios, como si no se hubieran vacunado nunca, y el ritual hegemónico es preguntar in situ el nombre del antídoto, por mucho que haya carteles y uno lo debiera saber de antemano. Ahí se abre un jardín de senderos que se bifurcan. Ya se sabe que el bati-burillo es complicado: Pfizer-BioNTech, AstraZeneca, Moderna, Janssen, pero también hay en los papeles que se firman etiquetas no tan populares como Cominarty y Vaxzevria. «¿Cuál me pones? ¿La Pfeiffer?», dicen, rebautizando en una mezcla entre el antiguo y lo más común (y el más deseado) y Michelle, la celeberrima actriz, noventera y en el imaginario de

los que se han vacunado hasta ahora. «Todo el mundo es amable pero muchos no te escuchan. Llegan, les explicas los posibles efectos secundarios y al acabar te dicen: 'Bueno, ¿y qué es lo que me pasará?'», cuenta Roser Barceló, responsable de vacunas en Reus. «Perdón, no te estaba escuchando», reconocen. Y otra vez: volver a explicar. Todo, al final, acaba siendo mucho más liviano de lo que pueda parecer, de forma que la frase más repetida es: «¿Ya está? ¿Como que ya está? ¿Seguro que me has pinchado?».

Las frass

«Una mujer dudaba. Le expliqué mi caso, que me contagié y lo pasé muy mal, y pude convencerla»

Sandra Paixa
Enfermera

«Te preguntan mucho: '¿Esta es la buena o la mala?' y '¿tú qué vacuna te pusiste?'»

Roser Barceló
Enfermera

«La mayoría de gente no se enterará», dice Roser. También hay humor. «¿Tiene usted alguna alergia?». «Sí, al trabajo», respondió uno. A otro al que le iban a tomar la temperatura mostró la muñeca en lugar de la frente y la sanitaria le dijo: «Tranquilo, aún no te he implantado el chip». A veces el recelo acaba en comedia. Es común la pregunta: «¿Cuál me pones? ¿La buena o la mala?». O la segunda versión: «¿La cara o la barata?». Aunque todas sean seguras y eficaces, en el acervo popular ya han calado prejuicios. «He visto a gente que cuando veía que le íbamos a poner AstraZeneca, después de todo el proceso y ya a punto, se ha levantado y se ha marchado», recuerda Sandra Paixa. Esos instantes previos al pinchazo, cuando hay dudas que puedan decantar

la balanza, son cruciales. «Vino una señora asustada y llorando, con miedo de vacunarse. Entonces le expliqué mi caso real. Le dije que yo sabía lo que era pasar el virus, que he estado mal, con secuelas más de seis meses. Aquello la acabó de convencer».

Otro ejemplo de la concienciación. «A veces llamas a gente, les das cita, les informas de la vacuna, llegan allí, ven que es AstraZeneca y se van». Pero también pasa al revés. «En el CAP tenemos un listado con las personas pendientes de vacunar y el administrativo va llamando. Luego llegamos y repasamos el listado para ver quién ha aceptado y quién no. Entonces llama la enfermera y le vuelve a explicar. No sé por qué, quizás es porque a algunos les conocemos, pero acaban aceptando una vez les llamas», relata Roser.

«Yo quiero la misma que tú»

En esa casuística infinita también hay quien, nada más puesta la dosis, reclama un certificado para poder campar a sus anchas y viajar en vacaciones, y quien le pide cuentas a la enfermera: «Yo quiero ponerme la misma que tú». Y otra modalidad: «¿Tú te la pondrías esta?». Y otra más: «¿Cuál te pusiste tú?». «Pfizer, porque soy sanitaria y me tocaba esa». «Esa, yo quiero esa también».

Y hay más terreno para las suplicas. Dice el ciudadano: «¿Por qué me vacunas en la izquierda? ¿No me puedes vacunar en la derecha?». Responde la enfermera paciente: «Como la mayoría de gente es diestra, solemos vacunar en la izquierda, por si hay algún dolor en el brazo, que no moleste tanto, pero si quiere le puedo vacunar en la derecha, ningún problema». «¿En la derecha? No, no, en la izquierda, como todos».

Lo mejor de todo, quebraderos de cabeza a un lado, es la gratitud enorme. A las enfermeras les suelen llegar, días después, algunas tarjetas de agradecimiento. Los reconocimientos abundan, por supuesto, en las redes sociales. «También emociona mucho vacunar a alguien cercano a ti», cuenta Sandra. Miserias y grandezas de la existencia en unos centros de vacunación regados, casi a diario, con lágrimas de emoción.